

# LA SEMANA

COMERCIO, INDUSTRIA, LITERATURA, VARIEDADES

DIRECTOR

Armando Saavedra

Admón.: Imp. y Litografía MINERVA

REDACTOR

Antonio Zelaya C.

Número suelto 15 céntimos - Apartado 1125 - Suscripción 4 números 50 cts.

Año I

San José, C. R., domingo 20 de Abril de 1919

Núm. 37-8

## El libro de Leonardo Montalbán

En qué soñaba esta rubia mañana de domingo de Cuaresma, que al desentornar mis párpados y encontrarme ante un perfil indígena, vi levantarse desnudas sombras como emergiendo de lagos o descendiendo de colinas, tales como las que vivieron en el ciclo de las plumas vistosas de mi país?

Y por entre las hebras gruesas de su bigote negro, descubro que sus labios carnosos sonrien suspicaces. Sus ojillos brillan como cuentas negras y toda aquella cara me dice que la he visto amasada en barro o labrada en piedra exornando una vasija antigua o en un monolito suplicando por el florecimiento de los maizales.

Es Leonardo Montalbán de la tribu de los niquiranos, que viene a verme como paisano y camarada de letras. Viene a verme para recordar conmigo a caciques y volcanes, lagos i mujeres.

Yo que bien se que se dedica a escurcar en nuestro pasado, le pregunto por sus andanzas a través de la historia primitiva.

Cómo va eso, cuándo se publica "Aroma de Santidad?" Vamos, cuéntame algo, que este fuerte sol que mete sus crenchas por la ventana, me hace pensar que estoy en Nicaragua.

Montalbán desembolsa unos tantos manuscritos, cierra la puerta y me dice:

No te acabé de contar aquel día lo del cometa, ahora te leeré la crónica.

Y se entrega a discifrar los signos de su caligrafía difícil. Lee, lee.....

Aparece el cometa y los indios que moran al pie del Momotombo y a la orilla

de los lagos se espantan, riegan pinol sobre las lagunas y se suicidan llenando las aguas de cadáveres.

En mi imaginación miro todo un año mil. El viento arremolina el pinol y la tribu desaparece entre las ondas azules.

Callamos..... mientras el recuerdo hace milagros en nuestras cabezas y en nuestra sangre que corre por el mismo cauce de la raza.

Estos recuerdos me hacen gozar y sufrir no se por qué; será quizá porque entre aquellas nómadas gentes, yo presiento mis ascendientes presas de miedo ante el cometa.

En la atmósfera de nuestros pensamientos aún no ha desaparecido el torbellino de pinol, y las canoas aún tiemblan cuando yo le evoco a Nicarao el cacique sabio.

Y como el rojo cometa, aparece también Nicarao, el indio de rara inteligencia según los cronistas. Su voz gutural, su voz de río pregunta a Gil González si llegó por las nubes o por el mar. Interroga por el dios español, y como el Inca, se asombra de que todo un dios muera en la cruz. Luego desaparece.—

¿Para dónde? Montalbán supone que murió de nostalgia, pero en firme no se sabe nada.

Pero del libro que está por extender alas, las crónicas de Fray Ramón son las que más encantan. Son como rosas en medio de las brusquedades del coloniaje. Fray Ramón convirtió el delito de una india que robara una lámpara de plata, en una azucena, librándola de ser ahorcada.

Fray Ramón vió en sueños al indio que intentara matarse en el reducto penitenciario. En fin, por Fray Ramón se llamará el libro "Aroma de Santidad", cuyos perfumes sentiremos en estos lejanos días.

Pero, francamente, por bello que sea todo ésto, no es lo que más me seduce en el libro de Montalban. Qué quieren que haga? Así, indago mejor con él sobre la cortesana indígena de cuya elegancia ratuada estuviera enamorado un caudillo azteca.

Y lee la crónica:

La india que viviera bajo aquel sol, que debió ser más hermosa y más fuerte, se mece en una hamaca. Los amantes la llevan presentes de preciosos tiestos, petates, ídolos y argollas de oro para la nariz.

Pero el caudillo azteca no se pudo casar con ella.

—¿Sabes por qué?—Me pregunta.

—Por qué?

—Había cometido un crimen.—Sí, un crimen, había matado un gorrión, alma de héroe—y sonreí de felicidad en la posesión del secreto.

Silenciamos. Yo me siento triste de no haber nacido en aquel tiempo en que uno se vestía de sol, y en que las flechas llegaban a los cráteres de los volcanes.

Me siento triste de no haber nacido en el ciclo de las plumas vistosas de mi país.

ARMANDO SAAVEDRA

San José, abril de 1919

---



---

## MIRANDO AL MAR

Cuánto muda de color el mar inmenso!... ¿Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo *devenir*, sin punto de reposo, sin veleidad de fijeza. ¿Qué gama como la gama de sus sonidos? ¿Qué paleta como la que le surte de matices? ¿Qué imaginación más rica en formas que la ola, nunca igual así misma?... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto, nada más, de esa variedad

infinita: en la mudanza de color. ¡Cuán maravillosamente cambia de piel el monstruo enorme! ¡Y qué raras invenciones de tintas las que saca a la luz sobre el lomo, ya cresco, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla; y ¿qué es lo que obra en ellos como causa? ¿qué es lo que colora de nuevo, y de improviso, la sublime extensión?—A menudo, sólo una nube que cruza por el cielo; sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de las brumas, toca el haz de la honda: cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible.

Tengo la imaginación hecha de tal modo que toda apariencia material tiende en mí a descifrarse en idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu. Observando, desde la playa, esto que ahora apunto, yo pensaba en ese otro mar, extraño y tornadizo, que es la multitud de los hombres; y pensaba luego en las mil cosas ligeras, aéreas, ideales, que flotan a toda hora sobre el mar humano, allá donde no alcanza la furia de sus olas: concepciones de almas ilusas, candideces de almas puras, ensueños de almas bellas... Y me producía una suerte de embeleso considerar que basta a veces el toque, leve y sutil, de una de esas cosas delicadas, sobre el lomo del salvaje monstruo inquieto, para colorearlo de nuevo en un instante: para que la muchedumbre,—la formidable fuerza real,—se rinda, como la cera al sello, a la todopoderosa debilidad de una palabra del poeta, de una promesa del visionario, de un ¡ay! del desvalido.

1911.

J. E. Rodó.

---



---

## Grandes tesoros sumergidos

El tesoro de Monte-Cristo ha pasado por fantástico, y sin embargo la realidad supera a lo imaginado.

Los tesoros que se han ido al fondo de los mares o de los grandes lagos son enormes y podían extraer verdaderas fortunas. Crarke en "Londres Magazine" cuenta que Phipps, a fines del siglo XVII, ex-

trajo en el puerto de La Plata, treinta y dos toneladas de plata que se había sumergido en un naufragio. Pero son numerosos los navíos ricos que antaño se hundieron en los mares, y en los lugares donde quedaron sumergidos subsisten con toda certidumbre tesoros que nadie se apresura a recoger.

En la bahía de Vigo, en 1702, un galeón que conducía el importe de cuatro años de tributos en Méjico, se fue a pique. Tenía a bordo más de dos millones en oro, plata y piedras preciosas "La armada Invencible" que envió Felipe II contra Inglaterra, a causas de un temporal naufragó en las costas de Irlanda. También en aquellos buques había tesoros. Componía la flota treinta y cuatro magníficos galeones.

En el combate de Navarino, en 1827 fueron echados a pique por los navíos ingleses, varios buques turcos que encerraban más de 25 millones. También es sabido que un barco mercante inglés se hundió antaño en el puerto Lima sepultando un tesoro de treinta millones de dollars.

Muchos más tesoros, que son conocidos, se hallan en el fondo de los mares y cerca de la isla de la Plata, parece que no es muy cierta la esperanza de encontrarlos, a juzgar por el poco empeño que se pone en extraerlos. Algunos de los ensayos que se han intentado no han tenido éxito. Acaso se llegue un día a poder salvar esta riqueza perdida en el fondo de los mares.

Ahora se habla mucho en el mundo de la ingeniería de los grandes trabajos que en el Lago de Guatavita, en Colombia, vienen realizando una compañía inglesa, para extraer uno de dichos tesoros.

El citado lago se encuentra a unos 3.000 metros sobre el nivel del mar en las montañas colombianas. Desde tiempo inmemorial veníase considerándose como depósito de grandes riquezas, pues según la tradición, muchos siglos antes de la conquista española, los indios, "chibeha" concurrían allí en determinadas épocas del año a celebrar sus ritos religiosos. Uno de esos ritos consistía en ofrendar a las divinidades ocultas en el fondo del lago, oro en polvo o en pepitas, piedras preciosas y objetos de adorno. El caudillo de la tribu,

cuyo cuerpo iba totalmente cubierto con polvo de oro, embarcábase en una piragua y se hacía cargo de las ofrendas. Llegado al centro del lago, lavábase el cuerpo en las tranquilas aguas, entregándose así su aurea ofrenda personal, luego iba arrojando a la insaciable codicia de las divinidades el rico tributo idolátrico.

Al penetrar en Colombia los conquistadores españoles tuvieron noticia del tesoro de Guatavita, y entre los diversos medios que idearon para cerciorarse de la verdad de la tradición, fue uno de desecar el lago. Al efecto, dieron comienzo a sus trabajos, practicando una importante cortadura; pero ya sea por las dificultades materiales con que se tropezó, o bien porque los sondeos del lago no aportasen gran cantidad de riquezas, ello es que los españoles se alejaron de Guatavita, dejando a las deidades acuáticas en tranquila posesión de sus tesoros.

Ahora al cabo de cinco siglos, aquél intento vuelve a ser realizado, según parece, con fruto. Un ingeniero inglés ha conseguido desecar el lago, y los primeros trabajos de excavación acaban de entregar a las generaciones actuales pruebas fehacientes de que no eran vanas leyendas las que murmuraban al oído de los conquistadores españoles los atemorizados indios colombianos.

---



---

## Una fotografía

¡Oh imagen gentil de mi amado perdido, imagen que el sol inconsciente grabó con sus dardos! Al contemplarte, amado rostro mudo de ojos luminosos, pienso en aquellos días, en los cuales te embellecía una sonrisa fugaz, en los cuales tus labios te repetían con dulce acento el nombre mío. ¡Querido rostro de ojos luminosos, dulzura mía; Al través de mis lágrimas te contemplo, y al considerar que tú no me miras, se me deshace el corazón.

CLEMENTINA LAURA MAIOCCHI

### SEÑORES AGENTES

Se les suplica el pronto

envío de los fondos.

LA ADMINISTRACION

# El tema académico de la revolución

## — EL SOVIET —

Toda actividad humana tiene una técnica, un procedimiento para conseguir determinado fin. Incluso la revolución, a historia de las revoluciones lleva aparejada una historia de la técnica revolucionaria. Esa historia está por hacer. ¿Cómo se le ha ocurrido tan sugestivo tema a los hombres de ciencia, sobre todo a aquellos que buscan asuntos originales o poco trillados? La ciencia tiene la virtud, no sólo de profundizar en el conocimiento de las cosas, sino de domesticarlas, de quitarle su aspecto terrorífico. Un león será un encuentro embarazoso para un explorador de las selvas africanas; pero para un naturalista que estudie Zoología en su cuarto de trabajo o en un jardín zoológico, un león es una criatura amable y nada intratable. Para un enfermo, cualquier bacilo mortífero será un huésped enojoso; para un bacteriólogo no hay mundo más agradable que esos microorganismos: es más: el bacteriólogo acaba por familiarizarnos a todos con su extraña y microscópica clientela, y nos insensibiliza para el peligro, como ha acontecido con la epidemia gripa. Otro tanto ocurre con las revoluciones. Para un gobernante, la revolución es un fenómeno aborrecible; pero para un especialista en revoluciones, especialista científico, se entiende, la revolución es un hecho tan natural e interesante como una aurora boreal; y su técnica tan digna de estudio como la técnica empleada en la fabricación de un tejido o en la pintura de un cuadro. Ha habido historiadores de las revoluciones, pero no ha habido, que sepamos, historiadores de la técnica revolucionaria. ¿Cómo explicarse esta omisión científica? Nosotros no somos especialistas de esto ni dada, felizmente; pero queremos consignar aquí, por si quiere utilizarlas algún especialista futuro, unas cuantas indicaciones sobre el tema académico de la técnica revolucionaria.

La manera primitiva de hacer una revolución, de subvertir un régimen, es deca-pitarle; esto es, deponer al hombre, familia o grupo oligárquico que lo coronaba

mediante un audaz golpe de mano. Esta manera primitiva es la que se estila aún en los países de poco ejército o de ejército dividido; es la técnica que se usa, por ejemplo, en las repúblicas centroamericanas y en los Balkanes. Donde hay un fuerte ejército, leal al régimen, ese método es poco eficaz.

La Revolución Francesa representa otro tipo técnico lleno de originalidad. Es el método perfecto, clásico, porque la revolución de ese linaje no es obra de una minoría revolucionaria, como suelen ser generalmente todas las revoluciones, sino empresa del pueblo en masa, que se levanta como un solo hombre y barre todas las instituciones imperantes. La técnica revolucionaria de la Revolución Francesa, es la más compleja, porque no se moviliza así como así a todo un pueblo, y, además, una técnica de ese carácter sería hoy imposible frente a un ejército leal armado de ametralladoras y otros instrumentos de muerte igualmente ejecutivos.

Un tercer tipo de técnica revolucionaria es el de los pronunciamientos, método favorito del siglo XIX. Siendo difícil inducir a la revolución a todo un pueblo y no siendo fácil un golpe de mano contra una institución defendida por un ejército armado con modernos instrumentos militares, se recurrió al soborno o a la conquista moral de ese mismo ejército o de una parte suyo. Esta ha sido la tradición de los revolucionarios españoles. En vez de armarse ellos mismos o de insurreccionar al pueblo, preferían ganarse la voluntad de algunos coroneles o de algunos generales para que, a cambio de cualquier futura recompensa, les dieran el trabajo hecho. Esos coroneles y esos generales no faltaban nunca, porque sabían que el triunfo de la revolución no implicaba menoscabo para el ejército, ni, por lo tanto, para ellos mismos. Pero el moderno espíritu revolucionario es antimilitarista, y si triunfase, no sólo se opondría a las ingerencias del ejército en la gobernación del país, sino que disminuiría sus contingentes y con ello su in-

fluencia. Por esto el ejército siente desvío hacia los partidos revolucionarios y se agrupa lealmente en torno de las instituciones reinantes, que le protegen y lo miman.

Para suplir esta dificultad de ganarse el ejército, los modernos revolucionarios han ideado un nuevo tipo o categoría revolucionaria: la huelga general. Con este nuevo instrumento técnico, se creyó que los regímenes no podrían resistir al menor empuje, pero han resistido. En España lo vimos en el verano de 1917. Con un ejército fiel al orden establecido y bien armado de mausseers y ametralladoras, aunque la huelga sea todo lo general que se quiera, el triunfo de la revolución es, por lo menos, problemático. La técnica revolucionaria necesitaba dar un paso adelante, y lo ha dado.

La nueva categoría nos ha venido de Rusia. Es el retorno a la idea de que hay que contar con el ejército, ya que no es posible lograr su pasividad ni sacar triunfante la revolución contra su hostilidad. Sólo que, según el nuevo método revolucionario, no es menester ganarse la voluntad de los coroneles o de los generales; basta con la voluntad de los soldados. Esta flamante categoría revolucionaria se llama Soviet, que tal como se le interpreta ya en el mundo entero, independientemente de su significado estricto quiere decir Asociación de obreros y soldados para subvertir un régimen y sostener el recién nacido. Antes, hasta hace poco tiempo, los revolucionarios se limitaban a meter en los cuarteles hojas cuya redacción solía estar inspirada en la siguiente frase: ¡No tiréis contra vuestros hermanos! Los soldados, o hacían poco caso a este llamamiento a su fraternidad, o la disciplina podía más que sus buenos sentimientos. El caso es que tiraban. Ahora, conforme al Soviet, se les invita a asociarse a los obreros, y cuando responden a la invitación hacen posibles revoluciones, como la de Rusia, la de Austria y la de Alemania,

El Soviet es la categoría revolucionaria más perfecta y eficaz hasta la fecha. No queremos juzgar el Soviet como escritores políticos, y por lo mismo parciales, sino como escritores que examinan la técnica revolucionaria como un inocente tema académico. ¿Será el Soviet el método re-

volucionario definitivo? Nos permitimos dudarle. El espíritu contrarrevolucionario que tampoco se duerme, está ideando seguramente el contrasoviet, la manera de hacer imposible o inútil el Soviet. Un procedimiento contra el peligro de que los soldados se asocien con los obreros, sería licenciarlos, disolver los ejércitos permanentes. Pero entonces el régimen vigente se encontraría sin el apoyo del ejército y la humanidad tal vez volviera al sistema primitivo de los golpes de mano. El eterno venir o volver a ser de las cosas no es una frase vana. Sea lo que fuera, extraña que este tema científico de la técnica revolucionaria no forme ya, con lo sugestivo y actual que es, una frondosa rama de la llamada ciencia política. . . .

LUIS ARAQUISTAIN.

---



---

## Cementerio en Broadway

Está tapiado este breve camposanto abierto de la ciudad comercial, por las cuatro rápidas y constantes concurrencias del elevado, el tranvía, el taxi y el subterráneo, que jamás le faltan a su silencio obstinado y pequeño. Un sin fin de rayos de fugaces cristales correspondidos que anuncian con letras de oro y negro todos los *and Co.* de Nueva York, hieren con la móvil alquimia del sol último, recogido interminable y variadamente en sus coincidencias, las espaldas y los hombros de las tumbas viejas, cuya piedra renegrida y polvorienta se tiñe, aquí y allá, de color de corazón. ¡Pobre pozo de muertos, con tu iglesita de juguete, cuyas campanas suenan al lado de las oficinas que sitian tu paz, entre los timbres, las bocinas, los silbatos y los martillos de remache!... Mas lo puro, por pequeño que sea y por guerroado que esté, es infinito; y sólo la escasa hierba agriverde de los muertos de otro tiempo brota, y única florecita roja que el sol cayéndose, exalta sobre una losa, colman de poesía esta hora terrible de las cinco, y hacen del cementerio un único hermano gemelo del ocaso inmenso, transparente y el silencio, de cuya hermosura sin fin queda la ciudad viva des- terrada.

JUAN RAMÓN JIMENEZ.

## Los ojos de los pobres

¡Ah! ¡quiere usted saber por qué hoy le aborrezco! Le será a usted sin duda menos fácil comprenderlo que a mi explicárselo porque es usted según creo, el más bello ejemplo de impermeabilidad femenina que podría encontrarse.

Habíamos pasado juntos un largo día que nos había parecido corto. Nos habíamos prometido que todos nuestros pensamientos serían comunes a uno y otro, y que nuestras almas no harían más que una; un sueño que no tiene nada de original, después de todo, como no sea que, concebido por todos los hombres, por ninguno fue realizado.

Al atardecer, algo fatigada, quiso usted sentarse delante de un café nuevo que formaba la esquina de un bulevar nuevo, todavía lleno de cascotes y ya mostrando sus esplendores inacabados. El café brillaba. Hasta el gas desplegaba en él todo el ardor de un estreno y alumbraba con todas sus fuerzas las paredes deslumbrantes de blancura, las lunas deslumbrantes de los espejos, los dorados de las columnas y las cornisas, los pajes de redondas mejillas arrastrados por los perros sueltos. las señoras riendo al halcón posado en su puño, las ninfas y las diosas llevando sobre la cabezas frutas, pasteles y caza, las Hebés y los Ganimedes ofreciendo con los brazos extendidos la pequeña ánfora de babarias o el obelisco bicolor de los helados empenachados; toda la historia y toda la mitología puestas al servicio de la glotonería.

Delante de nosotros, en la calzada, hallábanse plantado un buen hombre de unos cuarenta años, de rostro fatigado, de barba canosa, que llevaba un niño de la mano y en el otro brazo a un pequeño sér demasiado débil para andar. Desempeñaba el oficio de niñera y sacaba a sus hijos a tomar el aire. Todos vestían harapos. Aquellos tres rostros estaban extraordinariamente serios, y aquellos seis ojos contemplaban fijamente el café nuevo con una admiración igual, pero diversamente expresada por la edad.

Los ojos del padre decían:

“¡Cuán bello es esto, cuán bello! Díjérase que todo el oro del pobre mundo

ha venido a posarse en esas paredes”.

Los ojos del muchachuelo.

“Qué hermoso es ésto, qué hermoso! Pero en esa casas sólo pueden entrar las gentes que no son como nosotros”.

Cuanto a los ojos del pequeñín, estaban demasiado fascinados para expresar otra cosa que no fuera un gozo estúpido y profundo.

Los copleros afirman que el placer torna el alma buena y ablanda el corazón. La canción tenía razón aquel día, en lo que a mí respecta. No sólo estaba enternecido por aquella familia de ojos, sino que me sentía avergonzado de nuestras copas y nuestras botellas mayores que nuestra sed. Volvía mis miradas hacia las de usted querido amor mío, para leer en ellas mi pensamiento; surgía en sus ojos tan bellos y tan estrañamente dulces, en sus ojos verdes, habitados por el capricho e inspirados por la luna, cuando usted vino a decirme:

“¡Esas gentes con ojos abiertos lo mismo que puertas cocheras, me son insoportables! ¿No podría decir al dueño del café que les haga alejarse de aquí?”

Tan difícil es entenderse, querido angel mío, y tan incomunicable es el pensamiento, aun entre personas que se amen!

C. BAUDELAIRE

---

### Curiosidades

Hace algunos años murió en Berna, a la edad de 73 años, un hombre que en 54 años no había fumado menos de 628,713 cigarros. Esta suma da un promedio de 13,791 anuales, o sean 31 cigarros diarios!... Su pasión le costó sesenta mil marcos.

Pero hasta este record fué superado por el holandés Van Klaes, que murió a la edad de 18 años, y que fumaba alrededor de 10 libras de tabaco por semana.

La producción de huevos en el mundo es tal, según un informe a las estadísticas, que se podría hacer con ellos cada año una tortilla gigantesca que envolviera la tierra en una capa de dos centímetros.

Los que empiezan a escribir

## Penachos de Oro

En momentos fragorosos del Irazú

Soberbios penachos de vivos carmines, de sangre y de oro muriendo la tarde coronan la altura con aire imperial del bravo Irazú de bélico alarde....  
Y muere la tarde....

En la cabellera del monte soberbio chispazos se encienden, chispazos de oro y el fiero titán herido en el pecho se sangra en la altura con ruido sonoro....  
Y el cielo es de oro....

Penachos cual crines de púrpura ardiente incendian las nubes de áureos celajes, celajes sangrientos que exhornan la muerte del sol imperial en lecho de encajes.  
Y hay áureos celajes....

Las épicas nubes, triunfales y airosas poemas de oro de belicas notas preludian a la hora del rojo crepúsculo, poemas de sangre de mil venas rotas.  
Y se oyen las notas....

La ira titánica colora de auroras y tintes fulgentes el cielo de rosas y enormes melenas de luz irizada, fragores del monte, relumbran radiosas....  
Y el cielo es de rosas....

Soberbios penachos de vivos carmines, de sangre y de oro, muriendo la tarde coronan la altura con aire imperial del bravo Irazú de bélico alarde....  
Y muere la tarde....

FERNANDO J. VOLIO.

Cartago, abril 5 de 1919.

## Impresiones de un paseo

Para la bella señorita ELIDA RIVAS

Junto a ti bella hechicera  
de ojos fascinadores,  
no se sienten los rigores  
del sol, en la pradera.

Levantán las flores  
altiva corona  
y el viento pregona  
canciones de amores.

Su espejo te ofrece  
el río cristalino  
que junto al camino  
tranquilo se mece.

Jilgueros ufanos  
con un solo vuelo  
descienden del cielo  
a besar tus manos.

Las damas perfuman  
el cálido ambiente:  
mi corazón siente  
pesares que abrumán.

Junto a ti bella hechicera  
de ojos fascinadores,  
no se sienten los rigores  
del sol, en la pradera.

CARLOS TRULLAS O.

San José, Marzo 26 de 1919.

## Exasperación

De súbito, en la sala, mientras iba  
disipándose el sol como un perfume,  
ha llegado el dolor que me consume  
sin la luz de una amable perspectiva.

Y en esta hora conmemorativa  
que tanta escena de ansiedad resume,  
febrilmente el espíritu presume  
que nunca cederá tu negativa...

Soliloquio en lo oscuro. Tu diseño  
vierte la extraña sensación de un sueño  
que prolonga la burla del destino;

y aquí, mientras me borro entre la sombra,  
caminando a lo largo de la alfombra  
te recuerdo, te adoro y te asesino!

MANUEL SEGURA M.

# NORKA ROUSKAYA,

## La grácil y eurítmica bailarina

Como bailarina, Norka, corporiza la música y da forma al sonido; alegre y bulliciosa en el "vals Creole" de Tschai-kowsky, arrogante y fiera en la "Danza de Anicabra" de Saint-Saens, es sentimental y poética en "La Nuit", de Rubinstein, y en el "Noturno II" de Chopin, que anima de un inefable romanticismo:

"Románticos somos... ¿quién que Es, no es romántico..." ha dicho Darío... Y cuando ella danza el "Noturno" enamorada de la estrella de luz que escapa sus caricias, constelada su túnica por los pequeños soles albiaureos de las margaritas, en la elocuencia de sus manos que el Bronzino hubiera copiado, bajo el claro de luna que baña los nardos; su rostro como un cerúlca Magdalena, trasmite al público esa sensación de arrobó que resulta del hondo sentimiento de la música, y de la pasión que ella trasciende al interpretarla.

Su inmensa intuición artística, le hace vivir con profunda verdad cada papel que interpreta; y esta verdad artística es la que vivifica la ustoría figura de Salomé, que Norka nos presentó como la gema más preciosa de su tesoro de arte; cuando su cuerpo urentese estremece en tremantes espasmos de pasión, y en sus manos, crispadas como garras

"prendida por los ásperos cabellos se desangra en un llanto de rubies la trenzada cabeza del Bautista"...

que dijo Villaespesa, Norka Rouskaya no es la intérprete genial de un mimodrama musical: es la mística Salomé de los poetas; es la princesa hebrea de alma de llama y de cuerpo de luz; es la eterna vampiresa, cuyos pies rítmicos trenzan sobre mosaicos, los geroglíficos perennes del amor y del dolor.

A su regreso, en la primavera próxima, Norka Rouskaya alzaré el velo del pasado, y resucitará en la escena de uno de nuestros teatros, el rutilio aspecto de la raza milanaria que fundó a Tenoxtilán,

"...la fuerte

"raza de bronce, que en sus altares rindió culto a la (muerte

"ofrendando a sus dioses de figuras extrañas, "víctimas palpitantes, y sangrientas entrañas",

como bellamente la cantó Santos Chocano.

Y podemos pensar que las sombras bronceas de los "Ocelotl" y de las "Xochitl" conocido, y vengan en un vuelo de nubes, a contemplar absortas el cuerpo de nieve de esta bailarina, que llegó del país de los lagos azules y de las montañas blancas a encender con sus danzas en el valle de las montañas blancas y de los lagos zules, una clara llama de arte, como ofrenda a las razas ancestrales que bajo el mismo cielo de zafir, vieron un día

"el águila del charco que pica la serpiente..."

MELCHOR DE NAVAMUEL.

## Sermón del Buddha

(Traducción de W. J. E.)

La vida que ilusiona es una larga angustia. Solamente sus dolores perduran; sus placeres son como las aves que, ora se posan y luego vuelven a levantar el vuelo.

Hermosa es la tierra; pero todos los seres del bosque traman la mutua destrucción, asechando otras vidas con que poder vivir.

De zafiro son los cielos; mas cuando con hambre gritan los hombres, ningún auxilio de los cielos cae.

Dulce es el Amor; mas las llamas de la pira besan los pechos que se estrechan y los labios que se comprimen.

Gentil es el poder guerrero; mas los buitres despojan los huesos del Jefe y los del Rey.

Pregunten al enfermo, a los que lleven luto. Pregunten al que tembloroso se apoya en su báculo:

—Solitario y desamparados: ¿amáis la vida?

—El niño es sabio (responden) porque llora al nacer.

# LA VIRGEN MARIA



Detengámonos ante los valles y pueblecillos donde nació María, y detengámonos con recogimiento y religiosidad. Nazareth lo merece todo. Aquella Babilonia de Semíramis con sus jardines colgantes y sus palacios guardados por colosos de pórfido; aquella Memphis de cien puertas donde Isis tendría quizá templos de mil columnas; aquella incomparable Alejandría de Cleopatra, que iba despidiendo, como enjambres de zumbadoras abejas, ideas divinas, jamás produjeron sér alguno, para el bien de la humanidad tan indispensable, como esta Virgen Madre María, tierna, modesta, humilde, sencilla, destinada en los designios providenciales a renovar la vida moral, y renovando la vida moral, a rehacer el género humano y redimir de la esclavitud al mundo. Los viajeros como Stapfer, que han recorri-

do Palestina con espacio y con verdadera ciencia, refiérennos cómo Nazareth se conserva hoy tal cual estaba en tiempo de Jesús. Las ciudades, objeto de codicia para el conquistador, sufren enormes invasiones y se alteran bajo la inundación terrible de los tiempos en cambios incesantes y continuos. Pero estas aldehuelas, perdidas como humildes nidos en los abandonados recordos de un valle, al pie de colinas nunca holladas por guerreras plantas, entre ignorados espacios, acaban por salvarse y por conservar su fisonomía preservada, merced a la virtud misma de su modestia, cual Pompeya y Herculano bajo las lavas del Vesubio, merced a su preservación del aire y del sol. Nada encontraréis ya en Jerusalén de lo que había, ni en tiempo de los profetas, ni en tiempo de Jesús. Alejandro, las ufanas dinastías seleucidas, Pompeyo, Vespasiano, Tito, el árabe unas veces, el mongol otras veces, el mismo cruzado, hanle traído más catástrofes que los terremotos removedores del suelo. Pero Nazareth, apenas poblada por cuatro mil habitantes en el siglo primero; desconocida por completo de Josepho, que no la menciona en sus historias; olvidada por el Talmud mismo, tan prolijo y minucioso; a veinticinco leguas de Jerusalén, a nueve horas de Capharuamu, yacía feliz en su ignorancia y en su oscuridad. Por eso puede verse todavía el camino que las plantas de Jesús hollaran; el sitio donde tuvo su taller de carpintería; la colina, desde cuya cumbre oró mil veces; y la fuente en que María tomaba el agua para su hogar a diario en el ánfora, volviéndola cargada y erguida sobre su armoniosa cabeza. También Re-

nán visitó hace años, en compañía de su hermana, este privilegiado sitio, y lo describe como Stapfer. El aire le pareció vivísimo, el clima salubre. La población ofrece de suyo, con sus casas semejantes a viejos aljibes, un aspecto modestísimo, cual suelen todas las pequeñas poblaciones de Oriente. La desolación de Palestina no alcanza, no, a este sitio de habitantes felicísimos y de huertos verdes. La fuente aquella reunió en tiempo de María todas las muchachas de la población, que iban allí a escanciar el agua. Antonio Mártir, citado por el mismo Renán, refiérenos que los tipos de sus mujeres, todas ellas medio sirias, tenían una belleza tal, que de común acuerdo las gentes piadosas en el siglo sexto la imputaban al nacimiento y presencia en aquel sitio de María, quien legó, como vínculo hereditario, gracia y belleza de consuno a sus amadas convecinas hasta la consumación de los siglos. Dice también el gran escritor francés que desde la hoya donde Nazareth está, el cielo es muy estrecho; mas así que subís a

cualquiera de las vecinas alturas y miráis por todas partes, entrevéis los valles del Jordán; las altas llanuras de la Perea esmaltadas por las reverberaciones de un cielo candente; las tierras de Siquem realzadas por las sacras figuras patriarcales; a un lado aquel Thabor, comparable a blando hermosísimo seno y que muchas veces parece redonda esférica de lapislázuli; a otro lado el Carmelo, despidiendo incienso de poesía y reverberando el sol en su cono abrupto que toma tintes de ópalo, esmeralda, zafiro y rubí, según las refracciones de los rayos solares en sus aristas; y allá, tras las cordilleras de Safed, el golfo de Raifa, cuyas aguas, confundidas a la simple vista con el aire, presentan una línea imperceptible azul, tan celeste como todas las que dibuja y colora el Mediterráneo en sus espléndidos horizontes, dignos por cierto de aquellas almas que volaban al impulso de sus brisas y se sumergían en los resplandores de su éter.

EMILIO CASTELAR

## HA RESUCITADO!

El domingo, muy de mañana, las mujeres galileas que el viernes por la noche habían embalsamado el cuerpo a toda prisa, volvieron a la fosa en que había sido depositado provisionalmente. Eran estas: María Magdalena, María Cleofás, Salomé, Juana, mujer de Khouza, y otras. Probablemente llegaron cada una por sulado, pues es difícil poner en duda la tradición de los tres Evangelios sinópticos, y es



cierto, por otra parte, que en las dos relaciones más auténticas que tenemos de la resurrección, María Magdalena desempeña el principal papel. En una palabra, ella fue la que tomó parte más activa en este solemne acto, a ella debemos de seguir paso a paso; pues llevó sobre sí, aquel día, todo el trabajo de la conciencia cristiana; su testimonio decidió la fe del porvenir.

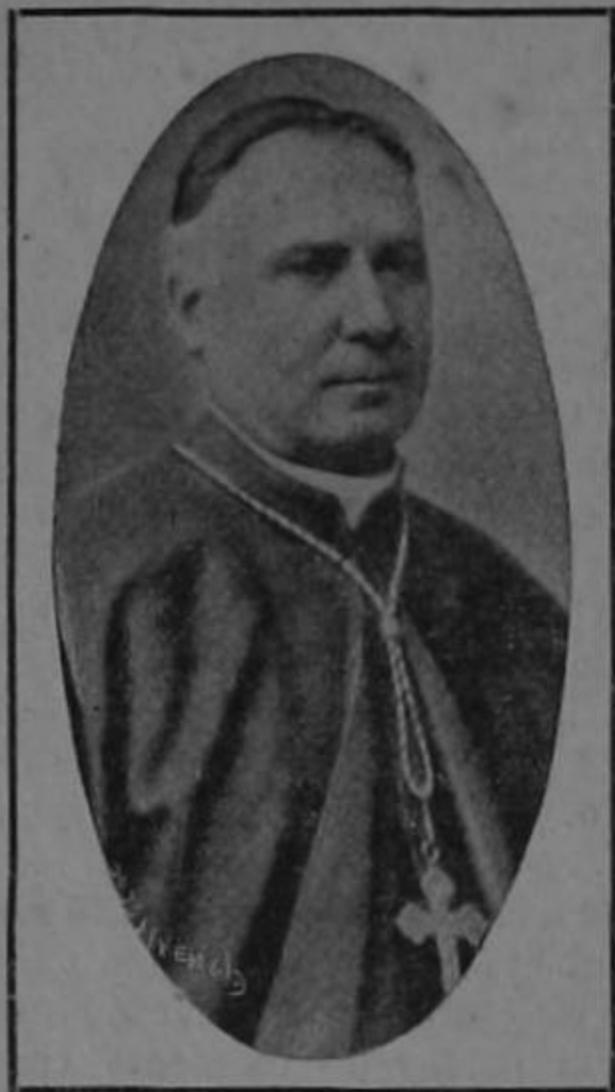
Recordemos que la fosa en que había sido enterrado el cuerpo de Jesús estaba recientemente hecha o cavada en la roca y situada en un jardín próximo al lugar de la ejecución. Se había escogido este lugar por esta última circunstancia, visto que era tarde, y por no faltar al descanso preceptuado los sábados. Únicamente, el primer Evangelio añade una circunstancia: que la fosa pertenecía a José de Arimatías. Pero, en general, las circunstancias anedócticas añadidas por el primer Evangelio no tienen importancia para el fondo común de la tradición, sobre todo cuando se trata de los últimos días de la vida de Jesús. El mismo Evangelio menciona otro detalle que, visto el silencio de los demás, no es digno de crédito; el hecho de haber sellado y puesto guardias en la tumba. Recordemos también que las fosas funerarias eran unas cavidades a flor de tierra, talladas en una roca inclinada, en que se había practicado un corte vertical. La puerta colocada ordinariamente en la parte superior, se cerraba por medio de una piedra pesada, que encajaba en una ranura. Estos departamentos no tenían cerrojo ni llave; el peso de la piedra era la sola garantía de que gozaban contra los ladrones o los profanadores de las tumbas; así es que se arreglaban de tal modo, que hubiese sido preciso para levantar dicha piedra, o una máquina o el esfuerzo reunido de muchas personas.—Todas las tradicio-

nes están de acuerdo en que el viernes por la noche la piedra fue colocada en el orificio de la fosa.

Ahora bien, María Magdalena llegó el domingo por la mañana, la piedra no estaba en su sitio. La fosa estaba abierta. El cuerpo no se encontraba ya en ella. La idea de la resurrección no había germinado aún en su alma. Lo que le ocupaba por entero era un tierno pesar y el deseo de prodigar los cuidados fúnebres al cuerpo de su divino amigo. Sus primeros sentimientos fueron, por lo tanto, la sorpresa y el dolor. La desaparición de aquel cuerpo querido le quitaba la alegría última con que había soñado. ¡Ya no le tocarían más sus manos!... ¿Qué habría ocurrido?... La idea de una profanación vino a su mente y la sublevó. Acaso al mismo tiempo, un rayo de esperanza atravesó su espíritu. Sin perder un momento corre a una casa en que Pedro y Juan estaban reunidos: "Han robado el cuerpo del maestro, les dijo, y no sabemos donde lo habrán puesto".

Los dos discípulos se levantan apresuradamente y corren con todas sus fuerzas. Juan, el más joven, llega primero. Desciende para mirar al interior de la fosa. María tiene razón. La tumba estaba vacía. Las ropas que habían servido para el entierro estaban esparcidas en la fosa. Pedro llega a su vez. Ambos entran de nuevo, examinan las ropas, manchadas de sangre sin duda, y llama su atención particularmente el sudario que había cubierto la cabeza y que se encontraba doblado en un rincón. Pedro y Juan se retiran a su casa sumamente turbados. Si no pronuncian aún la palabra decisiva: "Ha resucitado", puede asegurarse que la pronunciarán y que el dogma del cristianismo está ya fundado.

EMILIO RENAN



Excelentísimo Internuncio apostólico  
MONSEÑOR JUAN MARENCO.

## Cómo la verdad habla dentro del alma sin sonido de palabras

1. *El Alma.* — Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Yo soy tu siervo, dadme entendimiento, para que sepa tus verdades.—Inclina mi corazón a las palabras de tu boca: descienda tu alma así como rocío. Decían en otro tiempo los hijos de Isaías a Moisés: *Háblanos tú y oiremos: no nos hable el Señor, porque quizá moriremos.*—No así, Señor, no así te ruego; sino más bien como el Profeta Samuel, con humildad y deseo te suplico: *Habla, Señor, pues tu siervo oye.* No me hable Moisés, ni alguno de los Profetas; sino más bien háblame Tú Señor Dios, inspirador y alumbrador de todos los profetas, pues Tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente; pero ellos sin Ti ninguna cosa aprovecharán.

2. Es verdad que pueden pronunciar palabras; mas no dan espíritu.—Elegantemente hablan; mas callando Tú, no encienden el corazón.—Dicen la letra; mas Tú abres el sentido.—Predican misterios; mas Tú procuras su inteligencia.—Pronuncian mandamientos; pero Tú ayudas a cumplirlos.—Muestran el camino; pero Tú das esfuerzo para andarlo.—Ellos obran de fuera solamente; pero Tú instruyes y alumbras los corazones.—Ellos riegan la superficie; mas Tú das la fertilidad.—Ellos dan voces; pero Tú haces que el oído las perciba.

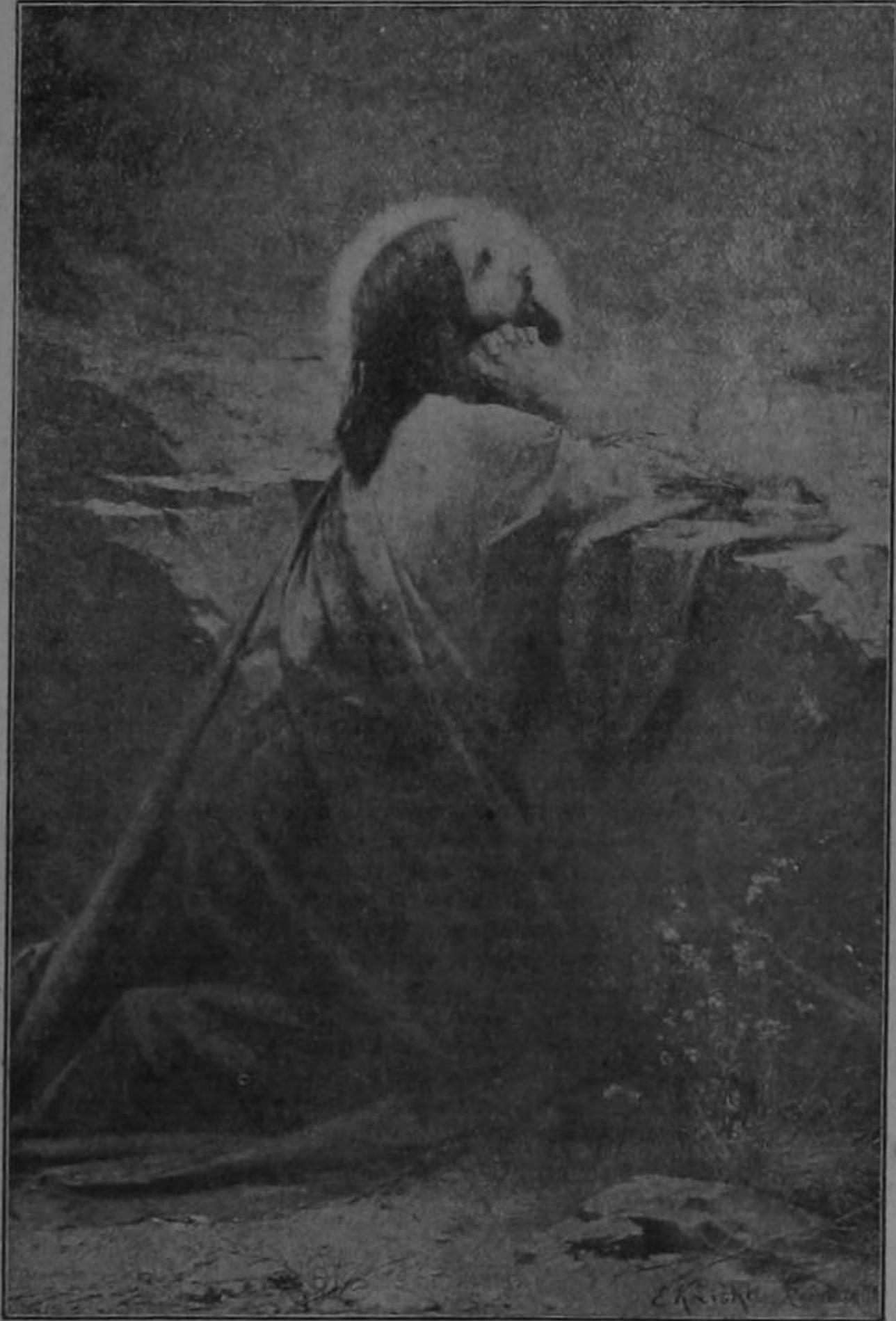
3. No me hable, pues, Moisés sino Tú, Señor Dios mío, eterna verdad, para que por desgracia no muera y quede sin fruto, si solamente fuere enseñado por fuera y no encendido por adentro.—No me sea para condenación la palabra oída y no practicada, conocida y no amada, creída y no guardada. Habla, pues Tú Señor; pues tu siervo oye, ya que tienes palabras de vida eterna.—Háblame para dar algún consuelo a mi alma, para la enmienda de toda mi vida, y para eterna alabanza, honra y gloria tuya.

TOMAS DE KEMPIS

(De la Imitación de Cristo)



Sr. Obispo de Costa Rica  
DR. JUAN GASPAR STORK



# CRISTO

Apóstol o poeta, manso y bueno, Jesús el Belemita fue en su tiempo un rebelde; y el fruto de su rebeldía fue su reforma.

El judaísmo hermético, templo formidable, en cuyas penumbras dormían en sueño milenario los viejos dogmas, no podía resistir el embate de aquella marejada de amor y de martirio.

Cristo, el pastor de ojos hieráticos y tristes, clavado en el madero infamante expía el delito de haber amado al hombre, de haber sido bueno, de haber sido manso.

Reclinando su cabeza agonizante, bajo el peso doloroso del escarnio, sufrió el dolor profundamente humano, de verse ultrajado por la turba soez, que como un revuelto océano se arremolinaba al pie de la cruz.

Apóstol, o poeta, mártir o rebelde, Jesús, hermano de las flores pudo más en la conciencia de los hombres, que el poderío avasallante del Romano, que el hermetismo de los dogmas creados, que el martirologio de los héroes cristianos, que todas las angustias, que todos los dolores.

Sentimiento heroico que perpetuaron los siglos. Deificó la vana arcilla que guardaba la llama de su espíritu de niño o de héroe, de apóstol o de poeta, de clarividente o de loco.

Fue amor, fue luz, rayo que cruzó la sidérea comba; fue un destello de su ígneo espíritu que trasmontó los siglos, para venir a iluminar con la luz de su dolor divinizado, el alma tormentosa de un San Francisco de Asís.

Su imagen exangüe de gran crucificado debía revivir su agonía, en una noche oscura, ante el dolor augusto de una reina sin trono, que vio alzarse fa-

tidico el instrumento infamatorio del suplicio.

—

Hermano Cristo:—tú que dijiste al hombre lobo "amaos unos a los otros"; tú que ofreciste tu cuerpo a la bestia de los ojos de ira; tú que posaste la seda de tu mano sobre la hirsuta piel de los leones del desierto; tú que lloraste con lágrimas humanas la angustia infinita de ser hombre; tú el más divino de los locos, ven, acalla el apetito montaraz del hombre convertido en bestia.

Pon el bálsamo de tu amor sobre la herida abierta de la humanidad que se desangra. Baja con la luz de tu ensueño al antro oscuro en donde gestan en silencio las iras, los rencores, las ambiciones, las mansas perfidieas, que como sucios escorpiones se agarran al pecho del hermano—hombre.

Vuelve a sufrir tu martirio; vuelve a ser el Inri, coronado de espinas; vuelve a traer sobre tus hombros el ridículo y el escarnio de las mazas, vuelve a morir crucificado musitando las palabras de perdón: "Padre, perdónalos porque no saben lo que se hacen". Revive el poema universal; que en los campos anegados de batalla flote como bandera blanca de paz, tu túnica de apóstol, que el viento de las tempestades vuelva agitar las largas guedejas de tu cabellera suelta.

—

Hoy renaces en la conciencia de los hombres, como renaciera el Fenix de sus propias cenizas.

Mas hoy no eres el mismo, ya no eres el humilde, el bueno, el sufrido Jesús: hoy te levantas con un gesto rebelde, tu mano eleva el estandarte del proletariado.

Antes fuiste el dolor resignado, hoy eres el dolor que se levanta contra la mano que ultraja, contra el despotismo fiero. Te has cansado de ser la víctima expiatoria de escribas y levitas.

El cordero Pascual se ha transformado en león.

Hoy levantas como signo de redención la cruz, pero la cruz que hay en el pomo de una espada. Eres el Cristo combatiente, el Cristo dolorido que sufre en lo cruento de la guerra, el martirio de matar hombres como bestias.

Buscaste siempre a los humildes, a los que nada tienen, los que a nadie interesan, los que se apellidan canalla; descendiste hasta sus chozas, compartiste con ellos el frío y el hambre; sentiste palpar sobre tus sienes el ala de la "locura o del idiotismo".

Tú sabes de las vastas estepas heladas, de las noches frías que dormiste sobre la arena de la playa, de los largos días calenturientos en que te abrasaba la sed junto a la cisterna cerrada del señor feudal; supiste lo que era sentir hambre junto a los palacios en los que se derrochaba el oro, supisteis de las cárceles oscuras, porque tus hijos lloraban y tenían hambre.

Y viste en las hondas huardillas, consumirse de tisis a la madre enferma; agostarse en su flor de juventud a la santa hermana que deseaba amamantar con sus pechos vírgenes el niño enfermo que se moría de anemia.

Sorbiste poco a poco el dolor de ser pequeño, la rabia de la impotencia; te sentiste fuerte cobraste coraje en lo más hondo de los calabozos y ardiendo de ira y de justicia saltaste a la luz, empuñando en la crispatura de tu mano, la bomba redentora que fue a estrellarse contra el pavimento duro. Y fuiste un león ante el plomo de la soldades-

ca ebria, sobre la brecha desangraste tus heridas.

ANTONIO ZELAYA C.

## NOTAS

### Número doble

Este número corresponde a dos, como se puede ver por su formato. Suplicamos lo tomen en cuenta nuestros anunciantes y suscritores.

### El concurso de dibujos

Las festividades de estos días que acababan de pasar, estorbaron a los jurados del concurso de dibujos para la Tabacalera Tropical que debían dar sus fallos al respecto. Así pues, hasta en el número próximo se anunciará a los triunfadores.

Por de pronto, don Enrique Ehandi que es uno de los árbitros, ha separado cinco trabajos de los que pueden merecer el triunfo.

### Buzón de la "Semana"

Don Emiliano Leal—Santa Cruz: estamos de acuerdo con su liquidación y con el contenido de sus cartas.

Don César Peña—Bagaces: gracias, está bien su liquidación.

A los demás agentes les suplicamos el pronto envío de fondos.

## NOCTURNO

Todo era amor en el lozano ambiente;  
todo era fiesta en el galante prado;  
y en un banco decrepito a tu lado,  
yo sólo el mudo y tú la indiferente...

¿A qué insistir?—me dije obsesionado,  
muerta de noche y sin color la frente.

¿A qué insistir? ¡Si esta mujer no siente  
si no sabe llorar, ni nunca ha amado!

Sonó la orquesta en la *terrasse* contigua,  
y todo se llenaba de una ambigua  
pesadilla de Schumann... Entre tanto,

tu clara risa con que al cielo subes,  
apareció, bajo un tul de llanto,  
como un rayo de luna entre dos nubes.

JULIO HERRERA REISSIG.

## Varias notas

### Error de imprenta

Nuestra mala letra hizo que el cajista que corrigió "Ha Resucitado" de Renán, pusiera Emilio en vez de Ernesto. Pero nada importa y suplicamos se excuse.

### Un mote ingrato

Un amigo que nos ayudó a corregir

pruebas, nos hizo la torta de poner este mote, **Los que empiezan a escribir**, lo cual vimos hasta después del tiro.

Esta torta la sentimos especialmente por Segura, joven que se fatiga con éxito desde hace algún tiempo en el divino arte del verso y cuyo porvenir lo creemos seguro.

Los otros dos de la página, en verdad empiezan a escribir, pero no había para qué decirlo, aunque empezar a cantar, es un dón que sólo concede la primavera.

# Treinta años de mi vida

Por ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

## EN EL COLEGIO

Cuando, al cumplir yo los 14 años, mis padres se dieron cuenta de que no sabía más que leer y escribir, decidieron encerrarme como interno en un colegio. Era necesario domarme, según parece, y como entonces el Instituto Nacional de Guatemala estaba dirigido por un marino español que tenía fama de gran energía, en sus manos de domador acordó mi familia ponerme. Al oír mi sentencia, no sentí ninguna pena. Con dedos ligeros hice mi baúl y sin una queja, sin una protesta, dejéme llevar al encierro. El lobo de mar convertido en dómine de novela picaresca, recibíome armado de una arcaica férula y me examinó, en silencio, con sus ojillos grises que brillaban cómicos y amenazadores, a través de unos enormes quevedos redondos. Desde luego comprendí que entre aquel señor y yo, no podría jamás existir la menor simpatía. El deseaba, evidentemente, inspirarme el santo y saludable terror que constituyó siempre su principio pedagógico. Yo no sentía, ante su rostro de lechuza, sino unas ganas terribles de reír. Muchas veces, más tarde, ante ciertos matamoros con los cuales tuve necesidad de batirme en duelo y que se figuraban poder impresionarme adoptando actitudes feroces, sentí renacer aquella mi primera sensación de risa, y si, por respeto a lo que se llama "el terreno del honor", no solté nunca una carcajada, al menos tuve

el gusto de sonreír ciranescamente, contando las estocadas. Mas ante mi futuro domador, no podía, no quería reír. Le había prometido a mi madre ser bueno, ser humilde, ser estudioso, ganar el tiempo perdido en andanzas callejeras... Le había enjugado las lágrimas con mis labios, jurándole que en un par de años haría mi bachillerato... Y dispuesto a cumplir mi palabra, me incliné respetuoso ante la mirada escrutadora del hombre de la férula y esperé sus consejos. "Al fin y al cabo—me dije—no ha de comerme". Con los lentes me devoraba, midiéndome, pesándome, buscando lo que había en mí de débil, sondeando mi almilla clara, que de seguro a él antojábasele tortuosa. Al fin, esforzándose por parecer más desagradable de lo que era, hablóme de esta guisa:

—Caballerito, entra usted en estas aulas precedido de una reputación poco envidiable y si se le recibe a usted es por el gran respeto que a su hidalga familia se le debe. No ignoro que es usted discolo, pendenciero, desaplicado, orgulloso, y no agregó nada más por no ser prolijo. El padre Solís, un santo sacerdote, tuvo que expulsarle a usted de su colegio; lo mismo que al señor Esponda de su liceo. Tal vez viene usted aquí con la esperanza de hacerse también expulsar para ir a proseguir su carrera de vago. En ese caso, le prevengo que se equivoca usted. De aquí saldrá usted regenerado, aunque para lograrlo le sea necesario derramar lágrimas

de sangre... Escúcheme usted bien...

Mientras el dómíne pronunciaba así su pavorosa cantilínia, yo, en vez de temblar, contemplaba un inmenso atlas histórico que tapizaba los cuatro muros de su despacho. Confusamente reconocía las barbas de los faraones, las cabelleras hirsutas de los profetas, las blancas túnicas de los apóstoles... Mi alma predestinada a las largas romerías orientales, gozaba ante las vistas del desierto, ante los alminares de las ciudades musulmanas, ante las palmeras que reflejaban sus penachos en ríos color de rosa.

Sin notar mi desdén, el señor domador seguía hablando y mezclaba los consejos a las amenazas... Era preciso, según su teoría, renunciar a toda voluntad y someterse en carne y en espíritu, como los militares y los monjes, a la obediencia ciega.

—¿Qué sería del orden social sin la disciplina?—gritóme de pronto poniéndose en pie y alzando su férula cual una antorcha.

Por decir algo y por cumplir mis promesas de santa humanidad, le dije.

—Es cierto, señor director... Yo haré todo lo que usted me ordene, y si Dios me ayuda, ganaré el tiempo perdido.

Suavizándose preguntóme:

—¿Es usted muy religioso?...

Creyendo mentir contestéle:

—Mucho...

—Bueno, no me meto en eso: aquí la enseñanza es laica... Nada de capellanes... Cada uno su conciencia... Vamos a que le presente a sus profesores...

Cómo transcurrió para mí el primer día de encierro, no lo sé... Automáticamente pasé de una sala a otra sala, de una clase a otra clase, de un patio a otro patio... En todas partes encontraba las mismas caras, las mismas sonrisas hostiles, las mismas curiosidades irónicas. De manera confusa, dábame cuenta de mi fama; que era una mala fama. Pero todo aquello no me importaba, no me llegaba al fondo del alma, casi no tenía nada que ver conmigo. Más que en un mundo real, figurábase me estar en un universo imaginario, rodeado de fantasmas de todos tamaños y de un

solo color gris, opaco, monótono. Ahora mismo, tratando de aquel hormiguero humano, no distingo fuera de la caricaturesca silueta del director, sino un largo desfile de fantasmas, altos y flacos unos, envueltos en levitas descoloridas, otros pequeños, otros más pequeños aún, y todos medrosos, todos obsesionados por la férula del dómíne supremo, todos dispuestos a temblar, sin rubor, en cuanto oían la voz agría que los hacía moverse cual muñecos. Yo no había leído nada en aquel entonces y sólo tenía de la existencia una noción sentimental y salvaje, en que se confundían las imágenes suaves de las chicas bonitas, con un instintivo desdén por la seriedad de los hombres formales. En el fondo, no creo haber cambiado mucho andando el tiempo... Hoy como ayer, a pesar de mis penas, de mis meditaciones, de mi experiencia y de mis canas, no logro dar una importancia muy grande a las cosas que preocupan en general a los hombres. Sólo que hoy mi sonrisa suele ser amarga, mientras hace treinta años era fresca y alegre, o suavemente melancólica. Ni el lobo marino que de tan mala manera me recibió, pudo inspirarme odio. Yo me daba cuenta de su injusticia, de su crueldad, de su falta de razón. Yo le juzgaba indigno de inspirar cariño. Sin embargo, no me parecía detestable sino grotesco, y en vez de ordinario, le tenía algo de lástima. Sin saber por qué, estaba seguro de que sus manos peludas no se atreverían nunca a golpearme...

Pasaron ocho días, diez días... Yo me sometía mecánicamente a los reglamentos, haciendo lo que hacían los demás. Mis profesores, que conocían mi renombre de travesura y que esperaban mi primer desmán para tratarme "con dureza militar", parecían algo desconcertados, ante mi obediencia franciscana. El director mirábame de reojo con mayor interés que a los demás alumnos. En cuanto a mis compañeros, pasado el primer momento me consideraron como a cualquier otro, como un número más, como una nueva víctima de la suerte. Yo mismo apenas le daba importancia a mi situación y creo que ni siquiera sufría mucho del encierro. La idea que poco a poco había penetrado en

mi cabeza que era indispensable estudiar para llegar a ser algo, animábame en mi tristeza de prisionero y me obligaba a asistir a los cursos con vivo interés. La geografía me apasionaba en sus rudimientos de cabos, islas y océanos. La historia también y también la física. Sólo la gramática me aburría casi tanto como me aburre ahora con su inutilidad teórica y sus complicaciones absurdas. Al tercer día de clase uno de mis maestros me dijo: —Póngase en pie y dígame lo que expliqué ayer.

Tímidamente, con temblores en la voz, le recité su propia lección en los propios términos que él había empleado. Mi memoria era grande y mi atención no desmayaba. Habíame propuesto a hacer mi bachillerato en dos años, y creo que lo habría conseguido a no ser mi mala suerte, que había decidido en sus misteriosos designios que yo no tuviera nunca un título académico. Más tarde, es cierto, la Academia Española de la Lengua se sirvió elegirme miembro correspondiente. Entonces fue mi mal carácter el que tuvo la culpa de que tamaño honor, que a todos les dura hasta la muerte, a mí no me durara sino unos meses. Por ser colega del señor Cotarelo, en efecto, puse mi dimisión, y la docta compañía, indignada decidió, "en vista de que no había precedentes de un acto igual", no tomarla en cuenta y borrarne de la lista de sus miembros. Por descuido no más ese pobre nombre mío sigue figurando en las primeras páginas del léxico oficial, entre algunos uruguayos doctos y algunos castizos mexicanos. Lo que me hubiera interesado, en todo caso era ser bachiller ya que así se lo había prometido a mi mamá...

¡Mi buena mamaita! Ella fue, sin quererlo la causa de mi gran desgracia universitaria.

## A Kempis

Ha muchos años que busco el yermo,  
ha muchos años que vivo triste,  
ha muchos años que estoy enfermo  
y es por el libro que tú escribiste.

Antes llevado de mis antojos  
besé los labios que al beso invitan,

las rubias trenzas, los grandes ojos,  
sin acordarme que se marchitan.

Mas como afirman doctores graves  
que tú, maestro, citas y nombras,  
que el hombre pasa como las aves  
como las naves, como las sombras.

Huyo de todo terreno lazo  
ningún cariño mi mente alegre  
y con tu libro bajo del brazo  
voy recorriendo la noche negra.

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,  
pálido asceta, qué mal me hiciste!  
Ha muchos años que estoy enfermo  
y es por el libro que tú escribiste.

AMADO NERVO

---



---

## BIBLICA

(INEDITO)

ESPECIAL PARA LA SEMANA.

¡Oh! mi samaritana fugitiva  
De negros ojos y mirar divino,  
Que aplacastes mi sed de peregrino  
Con la frescura de tu fuente viva:

Lleva otra vez el ánfora nativa  
A tu gentil cabeza, al talle fino  
Tus generosas manos; y al camino,  
Cual bíblica visión, sal compasiva.

Mira que ha sido dura mi jornada,  
Solitaria la senda, una quimera  
La misteriosa meta apetecida...

Y si tienes el ánfora agotada,  
¡Oh! mi samaritana, sé siquiera  
El último espejismo de mi vida!

*Eduardo Mera.*

Quito, febrero de 1919.

---



---

Las artimañas y la traición son la práctica de los tontos que no tienen bastante talento para ser honrados.

# TOTO

Era una especie de osezno mal retocado que parecía haber descendido al llanto de alguna garganta profunda de la Maiella, con su rostro sucio, sus cabellos negros y ásperos, sus pequeños ojos siempre en movimiento, redondos, amarillos como la flor de hiedra.

Durante la bella estación recorría los campos robando la fruta de los árboles, asaltando los ballados, o arrojando piedras a los lagartos adormecidos bajo el sol. Lanzaba gritos roncós, doloridos, que imitaban el ladrido del dogo atado a la cadena en los pesados días del estío o bien el chillido incomprensible de un niño en pañales. ¡El pobre Toto era mudo!

Los bandidos le habían cortado la lengua. En esa época él guardaba las vacas de su amo; las llevaba a pastear en los campos llenos de trébol rojo, soplando su pífano de caña, mirando las nubes extendidas en las cumbres de las montañas, o el vuelo de los ánades salvajes arrastrados por la tempestad. Un día de estío mientras el sirioco sacudía las encinas y la Maiella desaparecía fantásticamente bajo los vapores violados, el Maure apareció con dos compañeros apoderándose de la vaca jaspeada y como el pastor gritaba, le cortaron un trozo de lengua diciéndole:

—Anda ahora a contarlo, hijo de verdugo.

Toto volvió a la casa vacilante, agitando los brazos, arrojando a raudales la sangre por la boca; escapó por milagro; pero se ha acordado para siempre del Maure y un día, viéndole pasar por la calle agarrroteado entre gendarmes, le lanzó una piedra en los riñones y huyó mofándose del bandido.

Más tarde Toto abandonó a su vieja madre en la cabaña amarilla bajo el roble y se fue a vagabundear, con los pies desnudos, sucio, perseguido por los pilluelos, andrajoso y hambriento. Se volvió malo; algunas veces, extendido al sol, se divertía haciendo morir lentamente un lagarto tomado en los campos o una bella libélula matizada. Cuando los pilluelos lo molestaban gruñía como un jabalí acosado por una jauría de perros. Al fin golpeó a uno brutalmente y desde ese día lo dejaron tranquilo.

Pero él tenía a Nina, a quien amaba tiernamente, a su buena y bella Nina, una jovencuela flaca, con ojos muy grandes, el rostro cubierto de pecas y un tupido mechón de cabellos rubiazos agrupados sobre la frente.

Se habían visto por vez primera bajo el arco de San Rocco. Nina acurrucada en un rincón, devoraba un trozo de pan, y Toto, que tenía hambre, la miraba con aire sombrío, lamiéndose los labios.

—¿Quieres?—le dijo la niña con voz débil—levantando hacia él sus ojos claros como un cielo de setiembre.—Si quieres, yo tengo otro pedazo.

Toto se aproximó sonriendo y tomó el pan. Los dos comieron en silencio; tres o cuatro veces sus miradas se encontraron y sonrieron.

—¿De dónde eres tú?—le preguntó Nina. El le hizo comprender por signos, que no podía hablar y abriendo la boca le mostró un trozo de lengua negruzca. La jovencita volvió la cabeza con un gesto indescriptible de horror. Toto le tocó ligeramente un brazo, las lágrimas en los ojos, queriendo quizá decirle:

—No hagas eso...no te vayas tú también...sé buena.

Pero de su garganta salió solamente un sonido extraño, que hizo saltar a la pobre niña.

—Adiós!... gritó ella huyendo.

Después volvieron a verse y se juntaron como hermano y hermana.

Parecían sentados al sol el uno cerca del otro. Toto posaba su gruesa cabeza obscura sobre las rodillas de Nina y cerraba voluptuosamente los ojos como un gato, cuando la joven, enredando sus pequeñas manos entre sus cabellos, le contaba siempre la historia del Mago y de la hija del Rey.

—Había una vez un rey que tenía tres hijas; la más joven se llamaba Stellina, tenía cabellos de oro, ojos de diamante y cuando pasaba todo el mundo decía: ¡He aquí la Madona!...y se arrodillaban. Un día, mientras ella cortaba las flores en el jardín, vió un lindo papagayo verde sobre un árbol...

Toto, mecido por esa voz acariciante concluía por dormirse soñando con la bella Stellina; las palabras salían de la boca de Nina más lentas, más apagadas y ce-

saban poco a poco. El sol envolvía ese montón de andrajos en una caliente onda de luz.

Toto y Nina pasaron así largo tiempo; partían las limosnas, dormían en la calle, corrían por el campo entre las viñas cargada de uvas, a riesgo de recibir un tiro de un fusil de cualquier paisano.

Toto parecía feliz. Algunas veces subía a la pequeña, poniéndola a horcajadas sobre la espalda y partía en carrera loca saltando por encima de los fosos, las breñas y los zarzales y el montón de estiércol, hasta que se detenía rojo como el fuego al pie de un árbol o en el centro de un cañaveral, con un gran estallido de risa.

Nina azorada, reía también pero si por casualidad sus ojos caían sobre el trozo de lengua negruzca que se movía en la boca de Toto abierta por las convulsiones de la risa, sentía un temblor de disgusto hasta la médula.

A menudo el pobre Toto lo notaba y estaba afligido todo el día.

¡Pero, como octubre era tan dulce;... Las montañas oscuras a lo lejos, se destacaban netamente sobre el fondo claro veladas por un ligero tinte violeta que en lo alto se fundía en indiscriptibles colores de oro y azul. Nina dormía sobre el heno, su pequeña boca entre abierta y Toto acurrucado junto a ella la miraba. Había a pocos pasos de allí un seto de cañas secas y dos viejos olivos de troncos agrietados. Qué bello era el cielo de ese lado, visto al través de las cañas blancas y las hojas azuladas de los olivos!

El pobre mudo pensaba, pensaba, Dios sabe qué cosas extrañas... quizá en Stellina, quizá en Maure... quizá en la cabaña amarilla bajo el roble donde una pobre vieja hilaba esperando en vano... quién sabe?...

Un domingo de noviembre a mediodía, ellos se encontraban bajo el arco de San Rocco. En el azul del cielo el sol dejaba caer sobre las casas una luz dulce y blanda y en esta claridad dorada las campanas sonaban echadas al vuelo, mientras que en las calles vecinas se elevaba un ruido confuso como el de una inmensa colmena.

Ellos estaban solos; de un lado la calle del Gato absolutamente desierta, del otro los campos de laboreo. Toto miraba la hiedra florecida en las hendiduras del muro bermejo.

El invierno va a venir,—dijo Nina pensativa examinando sus pies desnudos y sus

harapos sin color. La nieve que blanqueará toda la tierra va a venir... Y nosotros no tenemos fuego. ¿Tu mamá está muerta?

El mudo bajó la cabeza; después de un instante la levantó vivamente y con los ojos brillantes mostró el horizonte lejano.

—¿No está muerta? ¿Ella te espera?

Toto indicó por señas que sí; hizo después otros signos que querían decir.

—Vamos a mi casa que está allí abajo al pie de la montaña, allá hay leche, hay fuego, hay pan...

Y marcharon, marcharon, deteniéndose delante de las casas y en las villas, sufriendo a menudo el hambre y sufriendo el dormir a la intemperie bajo un carro o a la entrada de una caballeriza. Nina sufría, se había puesto lívida, los ojos apagados, los pies hinchados, sangrientos. Toto cuando la miraba, sentía su corazón herido por el dolor, le cubría las espaldas con su vieja veste agujereada y la llevaba en sus brazos durante largos trechos del camino.

Una noche después de haber caminado muchas millas se encontraron en un sendero desierto donde no había casas; la nieve cubría la tierra y caía sin cesar a gruesos copos impulsada por un viento áspero. Nina hacía castañetear los dientes agitada por la fiebre y el frío, enroscada en torno de Toto como una pequeña serpiente y sus débiles quejidos semejantes a un extertor, penetraban en el pecho del pobre Toto como otros tantos golpes de estileto.

Pero él caminaba, caminaba, sintiendo latir el corazón de la joven contra el suyo... al cabo de algunos instantes ya no sintió nada... los delgados brazos de la niña se habían cerrado en torno de su cuello con la rigidez del acero y su pequeña cabeza colgaba de un lado. El arrojó un grito como si una vena de su pecho se hubiera roto; después apretó aún más ese pequeño cuerpo inanimado—y siguió, siguió caminando al través de la llanura inmensa, en medio de los silvidos de la ráfaga furiosa, siguió hasta que sus músculos se entorpecieron, hasta que su sangre se fue helando en sus venas. Entonces cayó extenuado, siempre con el pequeño cadáver aferrado a su cuello.

Y la nieve los cubrió.

Por lugares sagrados

## Al señor Bertrand B.

*Ingeniero en Palestina.*

París, abril.

Mi caro Bertrand.

Muy irónicamente, hoy, en este domingo de Pascua en que los cielos alegres se visten pascualmente con casulla de oro y de azul, y las lilas nuevas perfuman mi jardín para santificarlo, llega tu horrenda carta, contándome que diste fin al trazado del «¡Ferrocarril de Jaffa a Jerusalén!» ¡Triunfas! De seguro que en la puerta de Damasco, con las fuertes botas enterradas en el polvo de Josafat, el quitasol apoyado sobre una piedra tumular del profeta, el lápiz aún errante sobre el papel, sonríes, te ensanchas y, a través de las gafas ahumadas, contemplas, señalada con banderolas, la «línea» por donde en breve, humeando y resoplando, rodará desde la vieja Jeppo a la vieja Sión el negro convoy de tu negra obra! ¡Alrededor los destajistas descorchan las botellas de la festiva cerveza! Y detrás de vosotros también triunfa el Progreso, trepando sobre las murallas de Herodes, lleno de goznes y tornillos, restregando con estallidos ásperos sus rígidas manos de hierro fundido.

Imagino y comprendo tu escandaloso trazado ¡oh, hijo predilecto y fatal de la Escuela de Puentes y Caminos! No necesitaba de ese plano conque me deslumbras, todo en líneas escarlata, semejando golpes de una faca vil en carne noble. Y es en Jaffa, en la antiquísima Jeppo, ya heroica y santa antes del Diluvio, donde tu primer estación, con sus cobertizos, sus almacenes, sus básculas, su campanilla, su jefe con gorra galoneada, se yerguen entre esos naranjales, alabados por el Evangelio, donde San Pedro, acudiendo a los gritos de las mujeres, resucitó a Dorcas, la buena tejedora, y la ayudó a salir de su sepulcro. Desde allí la locomotora, con su primera clase forrada de indiana, rueda descaradamente por la planicie de Saaron, tan amada del cielo, que aun bajo las bárbaras pisadas de los filisteos nunca se marchitaban en ella las anémonas ni las rosas. Corta a través de Beth-Dagon y mezcla el polvo de su carbón de Cardiff, con el vetusto polvo del templo de Baal, que Sansón, mudo y traspasado de tristeza derrocó con sus hombros. Corre por encima de Eydda, y atruena con sus silbidos al gran San Jorge, que, como acorazado empenachado y con el guantelete sobre la espada, duerme allá su sueño terreno. Toma agua por un tubo de cuero del Pozo Santo, donde la Virgen, en la huída a Egipto, descansando bajo las higueras, dió de beber al Niño. Se detiene en Ramleh, la vieja Arimatea («¡Arimatea, quince minutos de parada!»), la aldea de los dulces huertos y del dulce nombre que enterró al Señor. Horada, por túneles humeantes, las colinas de Judá, donde lloran los profetas. Rompe por entre las ruinas que fueran la ciudadela y después el sepulcro de los macabeos. Cruza por un

punto de hierro el torrente en que David, errante, escogió piedras para su honda derrocadora de monstruos. Rodea y tuerce por el valle melancólico que habitó Jeremías. Marcha hasta a Emmam, acorta el Cedrón y se detiene al fin, mugrienta, aceitosa, negra, en el valle de Hennom, en el «terminus» de Jerusalén.

Ahora mi buen Bertrand, yo que no soy del cuerpo de Puentes y Caminos, ni accionista de la «Compañía de los Ferrocarriles de Palestina», sino apenas un peregrino que se acuerda de esos lugares adorables, considero que tu obra de civilización es una obra de profanación. ¡Bien lo sé, ingeniero! San Pedro resucitando a la vieja Dorcas; la milagrosa florescencia de los rosales de Saaron; el Niño bebiendo en la huída hacia Egipto, a la sombra de los árboles que los ángeles iban sembrando delante, son fábulas. . . . Pero son fábulas que hace dos mil años dan encanto, esperanza, abrigo consolador y energía para vivir a un tercio de la Humanidad. Los lugares donde ocurrieron esas historias, de seguro muy sencillas y muy humanas, que después, por la necesidad que el alma siente de lo divino se transformaron en la linda mitología cristiana, son por lo mismo venerables.

En ellos vivieron, combatieron, enseñaron, padecieron, desde Jacob hasta San Pablo, todos los seres excepcionales, que hoy pueblan el cielo. Jehová, sólo entre esos montes se mostraba, con terrorífico esplendor, en el tiempo en que visitaba a los hombres. Jesús descendió a esos valles melancólicos para renovar el mundo. Siempre fue la Palestina la residencia preferida de la Divinidad. Nada material debía, pues, profanar su espiritual recogimiento. Y es triste que la humareda del Progreso ensucie un aire que conserva el perfume del paso de los ángeles, y que sus carriles de hierro revuelvan el suelo donde aún no se apagaron las pisadas divinas.

Tú sonríes y acusas precisamente a la vieja Palestina de ser una incorregible fuente de Ilusión. Pero la ilusión, Bertrand amigo, es tan útil como la certeza, y en la formación de todo espíritu, para que sea completa, deben entrar tanto los Cuentos de Hadas, como los Problemas de Euclides. Destruir la influencia religiosa y poética de Tierra Santa, así en los corazones sencillos como en las inteligencias cultas, es un retroceso en la Civilización, en la verdadera, en aquella de que tú no eres obrero, y que tiene por mejor esfuerzo perfeccionar el Alma que reforzar el Cuerpo, y que aun por el lado de la utilidad considera un Sentimiento más útil que una Máquina. Y las locomotoras maniobrando por la Judea y Galilea, con su material de carbón y de hierro, su inevitable desarrollo de hoteles, ómnibus, billares y faroles de gas

destruyen irremediabilmente el poder emotivo de la Tierra de los Milagros, porque la "modernizan", la "industrializan" y la hacen cosa común.

Ese poder, ese influjo espiritual de Palestina, ¿de qué provenía? De haberse conservado a través de estos cuatro mil años inmutablemente "bíblica y evangélica"... Ciertamente que sobrevinieron mudanzas en Israel; la administración turca tiene menos esplendor que la administración romana; de los verjeles que rodeaban a Jerusalén, sólo quedan peñascos y ortigas; las ciudades, desmoronadas, perdieron su heroísmo de ciudadelas; el vino es raro; todo saber se apagó, y no dudo de que dentro de poco, en Sión, en algún terrado de mercader levantino, se escuche a la luz de la luna el vals de "Madame 'Angot".

Pero la vida íntima en su forma rural, urbana o nómada, las costumbres, los ceremoniales, los trajes, los utensilios, todo permanece como en los tiempos de Abrahám y en los tiempos de Jesús. Entrar en Palestina es penetrar en una "Biblia" viva. Las tiendas de piel de cabra plantadas a la sombra de los sicomoros; el pastor apoyado de su alta lanza seguido de su rebaño; las mujeres veladas de amarillo o de blanco, cantando, camino de la fuente, con el cántaro al hombro; el montañés tirando con su honda piedras a las águilas; los viejos, sentados al fresco de la tarde, a la puerta de las quintas muradas; las claras terrazas llenas de palomas; el escriba que pasa con su tintero colgado a la cintura; las siervas moliendo el grano; el hombre de largos cabellos nazarenos que nos saluda con la palabra "paz" y que habla con nosotros por parábolas; la hospedera que nos acoge tendiendo para que pasemos una alfombra sobre el umbral de su morada; y hasta las procesiones nupciales, y las danzas lentas al "ruf-ruf" de las pande-retas y las plañideras en torno de los sepulcros blanqueados, todo transporta al peregrino a la vieja Judea de las "Escrituras", y de un modo tan prudente y real, que a cada momento dudamos si aquella ligera y morena mujer, con grandes aretes de oro y aromas de sándalo que conduce un cordero atado a una punta del manto, no será Raquel, o si entre los hombres sentados a la sombra de la higuera o de la viña, aquel de barba corta y rizada que levanta el brazo, no será Jesús enseñando.

Esta sensación es preciosa para el creyente y preciosa para el intelectual, porque lo pone en comunicación flagrante con uno de los más maravillosos momentos de la Historia Humana. De seguro que sería igualmente interesante (más interesante quizá) que se pudiera recoger la misma emoción en Grecia, y que se encontrase allí con sus trajes, sus maneras, su sociabilidad, la grande Atenas de Pericles. Desgraciadamente, aquella Atenas incomparable yace muerta, para siempre soterrada, deshecha en polvo bajo la Atenas romana, la Atenas bizantina, la Atenas bárbara, la Atenas musulmana y la Atenas constitucional y sórdida. Por todas partes el viejo escenario de la historia está de éste modo en ruinas. Los mismos montes perdieron, a lo que parece, la configuración clásica, y nadie puede hallar en el Lacio el río y

el fresco valle que Virgilio habitó y tan virgillanamente cantó. Un sitio único en la tierra permanecía aún con los aspectos y las costumbres con que le habían visto y de que habían participado los hombres que dieran al mundo una de sus más altas transformaciones: este sitio era una porción de Judea, de la Samaria y de Galilea. Si fuese groseramente "modernizado," nivelado con el prototipo social amado del siglo, que es el distrito de Liverpool o el departamento de Marsella, y desapareciese de este modo y para siempre la oportunidad educadora de "ver" una grande imagen del Pasado, ¡qué profanación, que devastación horrible y bárbara! Y perdieron esa forma superviviente de las civilizaciones antiguas, el tesoro de nuestro saber y de nuestra inspiración queda irreparablemente disminuído.

Nadie más que yo aprecia de seguro y venera un camino de hierro, mi Bertrand, y había de serme penoso realizar jornadas de París a Burdeos, como Jesús subía del valle de Jericó a Jerusalén, montado en un burro. Sin embargo, las cosas más útiles son inoportunas y aun escandalosas cuando invaden groseramente lugares que no son congéneres suyos. Nada más necesario en la vida que un "restaurant", y todavía nadie, por muy incrédulo e irreverente que sea, desearía que se instalase un "restaurant", con su sonar de platos y su vaho de guisos, en Norte-Dame, o en la vieja Catedral de Coimbra. Un ferrocarril es obra laudable entre París y Burdeos. Entre Jericó y Jerusalén, basta la yegua ligera que se alquila por dos dracmas, y la tienda de lona que se planta por la tarde entre los palmares, a orillas del agua clara, donde se duerme tan santamente a la paz radiante de las estrellas de Siria.

Y precisamente esa tienda, y el grave camello que carga los fardos, y la escolta flamante de beduinos, y los trozos de Desierto por donde se galopa con el alma llena de libertad, y el delirio de Salomón que se coge en las grietas de una ruina sagrada, y los frescos parajes junto a los pozos bíblicos, y las remembranzas del Pasado por la noche, en torno de la hoguera del campamento, son los que constituyen el canto de la jornada, y atraen al hombre de gusto y que ama las emociones delicadas de Naturaleza, Historia y Arte. Cuando de Jerusalén se marcha a Galilea en un vagón estridente y lleno de polvo, acaso nadie comprende la peregrinación magnífica, a no ser el diestro "commis-voyageur" que va a vender por los Bazares indianas de Manchester o paños rojos de Sedán. Y tu negro tren rodará vacío. ¡Qué alegría esta más pura para todos los entendimientos cultos, que no sean accionistas de los "Ferrocarriles de Palestina!...»

Pero, tranquilízate, ¡Bertrand ingeniero y accionista! Los hombres, aun los que mejor sirven al Ideal, nunca resisten las tentaciones sensualistas del Progreso. Si por una parte, a la salida de Jaffa, la propia caravana de la reina de Saba, con sus elefantes y asnos salvajes, y estandartes, y lirras, y heraldos coronados de anémonas, y todos los fardos abarrotados de pedrerías y bálsamos, infinita en poesía y en le-

yenda, se le presentase al hombre del siglo XIX para conducirlo lentamente a Jerusalén y a Salomón, y al otro lado un tren, silbando, con las portezuelas abiertas le prometiese la misma jornada, sin solaneras ni ajetreos, a veinte kilómetros por hora, con billete de ida y vuelta, ese hombre, por muy intelectual y muy eruditamente artista que fuese, cogería su sombrerera y se metería deprisa en el vagón, donde pudiera quitarse las botas y dormitar boca arriba.

Por esto la maligna obra prosperará por la propia virtud de su malignidad. Y dentro de pocos años, el occidental "positivista" que de mañana parta de la vieja Jeppo en su vagón de primera clase, y compre en Gaza la "Gazeta Liberal de Sinaí" y coma divertidamente en Ramleh en el "Cran Hotel de los Macabeos", ira por la noche un Jerusalén, a través de la "Vía Dolorosa" iluminada por la electricidad, a beber un bock y a jugar cuatro carambolas en el "Casino del Santo Sepulcro.

Y esta será la hazaña, y el fin de la leyenda cristiana.  
¡Adiós, monstruo!

EÇA DE QUEIROZ.

## Las grandes casas comerciales del extranjero

La casa barcelonesa que produce el famoso aceite SALAT, tiene vida desde hace casi ya un siglo. Su distinción meritoria en todos los artículos que produce, le ha permitido un desarrollo comercial envidiable y un crédito muy conocido en el mundo de los negocios.

Sus vastas refinerías elaboran los productos con escrupulosidad bien correspondida por el público. Su famoso aceite SALAT lo obtienen bajo el siguiente procedimiento:

Luego de seleccionadas las olivas, se lavan en frío y se trituran ligeramente separando los huesos. Sujetas a una presión mínima se extrae la flor del aceite, se filtra cuidadosamente para limpiar las impurezas de la oliva y se conserva en grandes cubas a la temperatura regular y continúa de quince grados (centígrados).

De allí pasa a los envases, elegantemente litografiados de medio kilo a diez kilos y en botellas de un octavo a un litro.

También son de la misma acreditada casa, los aceites marca LLAVE y marca MARTILLO, en igual envase.

Sus jabones, perfumes, glicerinas, bugías

y legías, son de insuperable calidad.

Esta respetable casa que en 1916 vendió *nueve millones de pesetas* posee *cien sucursales* en las principales capitales sin contar las que funcionan en las principales ciudades de España.

Su asiento principal radica en la calle de Frajuncosa, Barcelona.

## Los dos pájaros

La pajarita doméstica estaba en la jaula; el pájaro libre estaba en el bosque.

Se encontraron un día. El pájaro libre exclamó.

—Amada mía, ven conmigo hacia el bosque.

La pajarita enjaulada contestó:

—Entra conmigo, viviremos juntos en la jaula.

—Detrás de esos barrotes, ¿en dónde encontraría lugar para extender mis alas?

—Ay de mí!—respondió la pajarita. Ya no sabría pararme en el cielo.

El pájaro insistió:

—Ven conmigo: entonaremos los cantos de los bosques profundos.

La pajarita dijo:

—Quédate cerca de mí: te enseñaré un lenguaje sabio.

El pájaro del bosque exclamó:

—No, no: los cantos no se enseñan jamás.

—¡Ay de mí!—sollozó la pajarita enjaulada.

—Entonces yo no aprendería nunca los cantos de los bosques profundos.

Los dos se quieren mucho. A través de los barrotes de la jaula se contemplan; pero es en vano su deseo de conocerse. Agitan sus alas en el impulso de su ternura, y cantan:

—Ven, ven conmigo, ven.

El pájaro libre se lamenta:

—¡No es posible! Tengo miedo al encierro de la jaula.

La pajarita enjaulada murmura:

—¡Ay de mí!—¡Mis alas están muertas y no saben volar!

RABINDRANATH TAGORE.

## POEMAS EN PROSA

PARA RUTH:

### *El Ruego.*

Déjame que te bese y recoja entre mis manos, como una bandera, la seda blanda de tus cabellos. Déjame que sueñe junto a tu pecho, y que oiga como entre rosas, serena y lejana, la música de tu corazón. Mira por la ventana, a lo lejos, sobre las nubes, el adiós que nos da el crepúsculo de oro. Abraza mi quimera contra tu quimera y háblame con tu voz de terciopelo, muy paso, sin ahogarme los latidos de tu corazón. Tienes, temblando en la mirada, toda tu alma melancólica y oyes caer mi ruego sobre tu orgullo, sonriendo a la lejanía, como si percibieras en la distancia, el eco de un cantar antiguo, muy lejano...

Eres dulce; eres mía; déjame..... Déjame que te bese y que recoja, entre mis manos, como un río de oro, la rauda de tu cabellera; porque yo se embriagarme con su frescor, y porque besándola largamente, sueño tener bajo mis ojos, como el milagro de un cuento, un campo florecido de espigas que se mecieran entre mis brazos bajo la gloria del atardecer, al ritmo casi apagado de tu corazón.

### *El Recuerdo.*

En la media noche, viene a visitarme tu recuerdo. Llega sonriendo. Me besa los ojos y me muerde los labios. Revolotea en torno mío, y como un viente-cillo de fronda o de jardín, me orea la frente y se me escurre en el alma, muy adentro. Tu recuerdo es como un pajarillo: viene cantando; cuchichea locamente; se agita en el aire y suena como un cascabel.

Me habla en el silencio con su voz cantarina, el parlachín endiabrado.

Sueño que tengo tus labios junto a mis

labios y que oigo correr la sangre bajo tu nuca. Y ahora, en la media noche, pienso en tu alcoba clara, y te miro dormida, al amor de la lámpara, en el lecho tibio y breve.

Sueño que has llegado al saloncillo sin hacer ruido, que te has desnudado castamente y te has metido, de prisa, en la camisa de lino. La seda de tus cabellos habrá caído sobre tus hombros. Un escalofrío leve habrá hecho temblar, como una flor, tu cuerpo de mármol, y, entonces, habrás saltado al lecho, y habrás metido, bajo las sábanas, el milagro rosa de tu carne.

El recuerdo, parlachín endiabrado, charlotea sin cesar; va y viene. Y en la gloria del momento, entre el azul nocturno que me ahoga, me parece sentir, como a través de un beso, la inefable caricia de tu recuerdo, hecho voz de seda y música de címbalos.

CARLOS TORRES DURAN

---

## CURIOSIDADES

Muy apasionado por el tabaco es el gran sabio e inventor Edison. Diez cigarrillos diarios son su consumo normal; pero en oportunidades, cuando se sumerge el estudio de algún problema, suele aumentar esta cantidad hasta veinte, para mantener despiertas sus fuerzas mentales.

También el afamado actor americano Edwin Booth era visto muy rara vez sin su cigarro en la boca. Fumaba aún durante las representaciones detrás del escenario, y cuando aparecía sobre las tablas, confiaba su cigarro al criado, para volver a tomar tan pronto como terminase su parte y dice que se alegraba sobremanera si aún lo hallaba ardiendo. Es lógico que no pocas veces habrá contribuido a ello el sirviente.

### ZAPATERIA de Enrique Benavides

Fábrica de calzado sólo con material escogido y garantiza el trabajo y mantiene un depósito de calzado de todo gusto y de toda medida. AVENIDA C. O. APARTADO 602

### ROYAL BAR

CAFE, TE Y CHOCOLATE

CENAS

TODAS LAS NOCHES

## Lucha

Se ha repetido con frecuencia que *na-da hay en vano*: esto es verdad en el detalle. Un grano de trigo existe para producir otros granos de trigo. No concebimos un campo que no sea fecundo. Pero la naturaleza en su totalidad no está forzada a ser fecunda: es el gran equilibrio entre la vida y la muerte. Acaso su más alta poesía produce, de su soberbia esterilidad. Un campo de trigo no vale lo que el Océano. Este no trabaja, no produce, se agita; no da la vida, la contiene; o mejor aún, la da y la retira con la misma indiferencia: es el gran balance eterno, que mece a los seres. Cuando se mira a sus profundidades se ve el hormigueo de la vida; no hay una de sus gotas que no tenga sus habitantes, y todos ellos se hacen la guerra; unos a otros se persiguen, se evitan, se devoran. ¿Qué importan al todo, que importan al Océano esos pueblos paseados al azar por sus olas amargas? Nos da el mismo espectáculo de una guerra, de una lucha sin tregua; sus olas, que se deshacen, cubriendo y llevándose la más fuerte a la más débil nos presenta en escorzo la historia de los mundos, la historia de la tierra y de la humanidad. Es, por decirlo así, el universo visible a nuestros ojos. Esta tempestad de las aguas, no es más que la continuación, la consecuencia de la tempestad de los aires: ¿no es la agitación de los vientos comunicada al mar? A su vez las ondas aéreas tienen su explicación en los movimientos y las ondulaciones de la luz y el calor. Si nuestros ojos pudiesen abarcar la inmensidad del éter, en todas partes veríamos sólo el choque atolondrador de las ondas, una lucha sin fin, porque es sin razón, una guerra de todos contra todos.

JUAN MARÍA GUYAU

### Panadería "EL TRIUNFO"

Situada a 200 varas al Sur de la "Soledad",  
calle del Liceo, y a 50 varas al Este de la Botica  
"Astorga Hermanos".

"Pan caliente" a las 9 a. m. a las 2 y a las 5 p. m.

SURTIDO DE TODAS CLASES

Propietario, ALFREDO YOCKS

## ¿QUIEN SOY?

Soy más poderoso que todos los ejércitos del mundo.

He destruído más hombres que todas las guerras de las naciones.

Soy más mortífero que las balas, y he destruído más hogares que los más formidables cañones.

Yo robo, en un país solamente, más de \$300,000,000 al año.

No se me escapa nadie; mis víctimas son lo mismo ricos que pobres, jóvenes que viejos, fuertes que débiles. Las viudas y los huérfanos me conocen.

Me destaco tanto, que mi sombra se proyecta sobre todas las ramas de la labor humana.

Mato millares y millares de jornaleros al año.

Asecho en sitios desapercibidos, y hago la mayor parte de mi labor en silencio. Se da la voz de alerta contra mí, pero no es atendida.

Estoy en todas partes: en el hogar, en la calle, en la fábrica, en el cruce de vía, en el mar.

Traigo enfermedades, degradación y muerte, y sin embargo, pocos tratan de evadirme.

Destruyo, aplasto, mutilo.

No doy nada, pero me lo llevo todo.

Soy, lector, tu peor enemigo.

¡Soy el DESCUIDO!



### CUADRO NEGRO

AGENTES MOROSOS:

## Juan Alfaro

Santa Bárbara

¿Por qué es que nos alegra un nacimiento y nos entristece un funeral? Porque en ninguno de los dos casos somos el interesado.

Mark Twain.

# CERVECERIA TRAUBE

## LA BEBIDA IDEAL

Hace un placer de la digestión si se toma con las comidas  
Da vigor a los viejos, fuerza a los jóvenes y belleza a las mujeres

Agentes en Limón: COSTA RICA SODA WATER FACTORY

## GUIA DE COSTA RICA

Se está preparando ampliamente una guía de Costa Rica que circulará aquí y en el extranjero. A los que deseen figurar en ella, se les suplica enviar sus direcciones al Apartado 1125.—San José.

## Librería Española, Imprenta, Encuadernación y Fábrica de Sellos de Hule

DE MARIA v. DE LINES

CASA FUNDADA EN 1884 POR DON VICENTE LINES V.

**Magnífico surtido en Librería:** Las obras más recientes en español e inglés

**Especial Surtido en papelería:** blocks de papel rayado, papel para máquina de escribir, cajas de papel de escribir con sobres, papel carbón, papel secante de varios colores. Surtido completo de efectos de escritorio.

← Preciosas Novedades Japonesas →

## BOTICA UNIVERSAL - H. Calzada B.

Importación directa de Estados Unidos y Europa. Garantizamos la pureza de lo que vendemos.

TELEFONO 315 - PRECOS BAJOS - APARTADO 107

# FUNERARIA CAMPOS HNOS.

Servicio de ₡ 15 a ₡ 3.000

TELEFONO 330

AVENIDA CENTRAL SAN JOSE CUESTA DE MORAS

## ISIDRO R. AMAYA

Abogado y Notario de las cinco Repúblicas  
OFRECE SUS SERVICIOS  
PUNTARENAS Enero 1919

## LA COLOMBIANA

GRAN ZAPATERIA DE LUJO  
LA PREFERIDA POR PERSONAS DE BUEN GUSTO  
Teléfono 751 — Félix Alvarez

## Melcochería EL TREBOL

† † LAS MEJORES Y MAS SABRO- † †  
SAS MELCOCHAS DE FRUTAS  
PREMIOS de 1, 2 y 5 MELCOCHAS  
TELEFONO 1517 ◆ APARTADO 1055

## BALSAMO DE ORO

Gran reconstituyente del cerebro y de las fuerzas vitales.  
Este es el único específico que combate eficazmente la  
IMPOTENCIA. No es un curalo todo; pero sí devuelve las  
FUERZAS a personas débiles  
Lo venden todas las BOTICAS.

## FABRICA DE GALLETAS NACIONALES Y PASTELERIA NACIONAL

TELEFONO 279 - MOISES ARTAVIA - TELEFONO 279

La única Fábrica premiada con Medalla de Oro en la Exposición.

PRECIOS de las galletas y CANTIDAD que contiene cada lata

Nombre	Cantidad	Precio	Nombre	Cantidad	Precio
MARIA	600	₡ 8 50	FAMILY BIQUIT	350	₡ 6 00
BIZCOCHOS	400	5 50	FRESA	250	6 00
BESITOS	1000	6 25	SPORT	300	6 00
QUEQUES	300	6 50	ALMENDRADOS	600	8 00
VAINILLA	400	7 00	PITILLOS	300	6 00
CACAO	400	7 00	LUSITANOS	350	6 50
MIXTURA	700	6 75	LIMON	300	6 50
REIMS	400	6 25	PACIENCIAS	350	6 00
RIOJANOS	250	6 00			

De 10 latas en adelante se hará un descuento, entendiéndose directamente con la fábrica.

La Luz

**SASTRERIA, CAMISERIA Y TIENDA**

TELEFONO 344 : LADO ESTE DEL MERCADO : APARTADO 658

**BARATILLO PERMANENTE****VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR**↔ **TOBIAS A. VARGAS** ↔

La Luz

**HOTEL****WASHINGTON****Primera Clase**  
**SN JOSE**

PIDA

**SANTALIA**

POLVOS DE ARROZ

Con Exquisitos Perfumes

**BOMBILLAS ELECTRICAS****A precios ventajosos**vende al por mayor y al menudeo el **ALMACEN ELÉCTRICO**

San José

**KOBERG & CÍA.**

Costa Rica

SUCESORES DE KOBERG &amp; ECHANDI

**FARMACIA UNIVERSAL**

PUNTARENAS, COSTA RICA

Fundada en 1902 : Propietario: **MANUEL J. GRILLO**

TODA SU MERCADERIA LA IMPORTA DIRECTAMENTE DEL EXTERIOR

Teléfonos: En Puntarenas 19

En San José 145

Apartados de Correo: En Puntarenas 103 En San José 772